

El Perro estúpido  
y las fotos que nunca hice.

Mario Opazo

*" La memoria es el perro más estúpido, le  
tiramos un palo y nos trae cualquier cosa\*  
Ray Loriga*

*En mi caso, el álbum familiar es tímido y abrupto, lleno de brincos, como ir saltando de velorio en velorio sin tiempo de llorar ni dar el pésame; es volar sobre los niños que se confunden con el niño que fue su padre hace treinta años, su madre o su tía; es ir rodando de un cumpleaños al cementerio, de una fiesta, al retrato borroso y desconocido que nadie sabe como llegó allí.*

*Dos razones fundamentales hacen que nuestra vida (la de mi familia), esté contada a partir de escasos registros, la primera: es que nací muy lejos de la fotografía (en la Patagonia) y la segunda: es que la dictadura acabó con mi familia.*

*Tarea imposible la mía, intentar restaurar la historia a partir de fotogramas; imposible.*

*Contrario a lo que se cree, en mi caso, los registros fotográficos no dan cuenta de lo que recuerdo ser y haber sido, son apenas el marco de todo aquello que no soy y dudo que fui, son los planos que encierran lo que no recuerdo.*

*Hay más información en mi memoria que en los registros fotográficos de mi casa; son apenas estas fotografías, la marcación de algunos cambios protagónicos, visibles, algunas despedidas o encuentros, celebraciones y fracasos, pero no se ocupan de la infinita transformación siempre presente al interior de los estados evolutivos de los sucesos, eventos, personalidades y formas de ser que cambian incesantemente.*

*No es verídico el álbum de fotos en las fotos, sino en las páginas o espacios vacíos, en la ausencia de imagen, ahí se reafirma el exilio, el viaje, lo desconocido para unos y la sorpresa de un nuevo paisaje, una nueva ciudad o cultura para otros; condiciones errantes que nutren la fotogenia de mi familia.*

*Reúno entonces en la memoria, vacíos, espacios en blanco, sin eventos importantes, sin celebraciones ni despedidas, colecciono pedazos de pasado a través de los cuales pienso y deseo, pedazos de pasado que son lo que soy y que llegaron tarde para la foto; en su lugar, fueron capturados por la cámara, los instantes representativos, los que es imposible no ver o*

darse cuenta, los artificios, Las construcciones de cuerpos posando, como castillos de arena que nos dicen: es verano o es el mar; y así, fueron embalsamándose los pequeñísimos tiempos en la fotografía, los destellos de fantasía familiar y social. Fueron encerrados los tiempillos en el marco lleno de posturas y lógicas compositivas, allí se señalaron los cortes en la secuencia vital, los empalmes de uno y otro suceso, pero ni la vida de la secuencia ni la de los sucesos quedaron en el cuadro.

Así pues, fueron pocas las fotos de mi casa, como pocas fueron las cosas que quedaron y las almas que sobrevivieron intactas al golpe militar; es así, como yo aprendí a ver, a través de unas poquísimas fotos, revueltas, arrugadas, desteñidas y tostadas, es así, como mi ojo modificó el foco, el punto de vista, como se volvió indirecto y subjetivo, como creció hasta salirse del plano fotográfico y deambular indirecto y errante en el silencio visual, en las rutas de la poesía, fundida en el reflejo del escudo de Perseo. No mirar directamente la Medusa para no convertirme en piedra, es así, como de a poco me atreví a

mirar de reojo las pocas fotos de mi familia y del mundo, indirectamente, para no petrificarme; buscando lo que resta en el vacío; la fotogenia del mundo fuera de su representación, dentro del borde, del límite, del escudo que protege a Perseo de los monstruos; solo unas pocas fotos dejaron abierta la pregunta y la respuesta, la grieta al lugar de la visibilidad imaginada, abierta la puerta a la palabra, así fue, como aprendí a oír a los mayores, para completar la vida con relatos y acomodarlos con cuidado en las páginas vacías del álbum familiar.

Ví las fotografías, como lugares en los que nunca estuve, o por lo menos, no estuve atento, veía esas imágenes surgiendo de un recodo, de un estado paralelo, de un paréntesis en la vida que poco tenían que ver conmigo.

De niño me sentaba con el álbum entre las piernas y armaba una película que de a poco se alejaba de mi casa y terminaba en otro mundo a la orilla de un abismo azul.

El brillo de algunas fotos engecece la memoria, y las conservo con nitidez y justicia

desde la infancia, las almaceno cerca de los guiones y las palabras.

Los textos de memoria, verdaderas pautas cinematográficas con sonido y movimiento, tan cercanos a la cara de la vida, a veces, prefería quedarme quieto en la habitación vacía del segundo piso, a los 9 años, mirando en el polvo que flota y que se hace visible por el rayo de sol, como una pantalla de polen, y ver en ella, películas inventadas que durante toda mi vida he seguido rebobinando incansablemente.

Cuando veo las fotos de mi casa que en su mayoría fueron en blanco y negro, tomadas por un fotógrafo contratado en el pueblo, o por algún tío marinero que trajo la primera cámara del otro lado del mundo, de algún puerto de oriente, Singapur o Manila, veo una forma cultural de mirar, de encuadrar una manera de bautizo, funeral y matrimonio, veo en ellas familias y personas que no existen, me veo a mí mismo escapando como sustancia y a un pobre de mí, vació, carne y hueso estático, otro yo escapando del marco como alma fugitiva, veo una pequeña muerte en cada fotografía, una de

*tantas muertes pálidas y borrosas, de todas las muertes que sobrevivimos.*

*En el álbum de familia guardamos las muestras de lo que olvidamos, intentaré en este libro, escribir las fotos que nunca hice pero tampoco olvidé.*

*Se trata de pequeños párrafos que a su vez son descripciones, se trata de palabras que restauran el paisaje de lo que somos, consiste en una especie de álbum de palabras fotogénicas o de fotografías textuales, imágenes ópticas puras, sueltas; para completar de alguna forma, los vacíos entre las fotos de mi álbum y del álbum de cualquiera que lea a través de estas líneas la ruta a su propio territorio.*

*Son una especie de guioncillos que a veces los convierto en películas o videos cortos, o en acciones de memoria y resistencia en el paisaje.*

## 0.1

Nací en Tomé, pequeña provincia de la Región del Bio Bio, ciudad casi invisible anclada a orillas del Pacífico en el sur de Chile. Este lugar, desde arriba se ve como un cangrejo atrapado en una maraña de pinos que se descuelgan desde las montañas, un cangrejo que a punto de desprenderse no logra sumergirse, quedando fosilizado a orillas del Pacífico, como otro de tantos caseríos desamparados que desde ahí, hasta lo más hondo de la Patagonia, se van encontrando a su paso los marinos, como promesas muertas de festín y ocio.

## 0.2

Recuerdo de mi infancia, de los primeros años, una cantidad inmensa de sucesos siempre atravesados por el frío y revueltos con brisa salada y maloliente, una mezcla de pescado podrido y aceite de máquinas oxidadas.

Todavía mi piel sabe a mar.

### 0.3

Tomé, era un pueblo obrero, desde el siglo XIX el proletariado fue su única esperanza, imprimiendo en sus habitantes una idea de mundo que hacía ver la injusticia como una condena natural, como una sentencia irrevocable y perpetua; haciendo creer al hombre que su triunfo se medía por la producción y las bocanadas de humo que expulsaban las calderas a través de chimeneas que de lo altas atravesaban las nubes; sin embargo, los hijos de los hijos aunque obreros y proletarios trajeron consigo una contestación invernal, mojada hasta los huesos, mezcla de sudor, lluvia y llanto, pero en tanto contestación, ardiente de furia y llena de acciones revolucionarias, calcinantes y sofocadas de dolor y valentía. Me refiero a lo que recuerdo o mas bien, a lo que sostiene mi memoria, o sea, al comienzo de la década del setenta, teniendo en cuenta la Unidad Popular, Allende, el MIR, el golpe de estado y la fuga de mi padre.

#### 0.4

La vida de los habitantes de Tomé se fragmentaba en turnos de operario, durante el día, se veía a los empleados correr por las calles de adoquines para llegar a tiempo a la máquina, los horarios estaban marcados por estruendosas sirenas que por las mañanas me despertaban mientras alguno de mis tíos tragaba con angustia un pedazo de pan o se quemaba los labios con la bombilla de plata del mate caliente, y otras que durante el día rompían el espantoso silencio típico de una existencia deprimida y momificada. Las sirenas de las fábricas hacían las veces del reloj de pared de las oficinas o de las casas de las pocas familias aristócratas que gobernaban la dura realidad de los obreros, hacían las veces del reloj controlador de la puntualidad y la asistencia en las cabinas de llegada, donde cada uno debía registrar su obediencia en una tarjeta de cartón sucio.

Desde siglos pasados ese había sido el ritmo de mi ciudad, y se mantenía por varias generaciones el pánico de enfrentarse al desempleo que acarrearba miseria y abandono, abandono que algunos ya habían asumido tomando vino hasta morir de alcoholemia, tirados en el suelo de una bodega o cantina llena de barriles de roble que hasta hace poco supe venían rodando por las montañas desde el campo, hasta estrellarse con los muros de cal de las casas del pueblo, una vez los barriles desembocaban en nuestras calles, eran agrupados en las bodegas de los barcos que cada quince días atracaban en el muelle, otras pipas de vino se subían al tren de carga con destino a la capital, a doce horas de distancia hacia el norte por la vía ferroviaria. Esta ciudad nunca se detenía, los tomesinos como hormigas camino a las fábricas, tres textileras, una de lienzo o hilo, otra de manufactura de pescado y mariscos y una de cerámica y porcelana, a parte la industria maderera, la pesca artesanal, los viñedos y la recolección de algas, ofrecían vínculos menos formales a aquellos que no

gozaban de la sacrificada estabilidad de un contrato que además de usurero se convertía en una especie de condena vitalicia y heredable, una tragedia deseada ingenuamente por el carácter sumiso de nuestros habitantes, un carácter que resultó después de varias batallas con maremotos, terremotos y temporales de viento y agua, deformando el ancestral ímpetu de los mapuches o araucanos que habitaron esta región defendiéndola a mordiscos de los españoles. "Tomé" es el nombre de uno de los caciques mapuches comandante del ejército aborigen.

## 0.6

Ya en los años setenta la aspiración libertaria dejaba frutos en los espíritus más jóvenes, una generación entera logra poner en crisis la idea de emplearse en los tradicionales oficios y decide, porqué no, postular a las opciones insipientes pero existentes de la educación media y superior. Ya estaban cansados de ir y venir con la vianda de comida desde la casa a al pabellón de las máquinas, llevando el almuerzo a sus arrugados padres, de tanto ir y venir saltando charcos en invierno y esquivando el sol en verano bajo el follaje de las alamedas, habían concluido resistirse a la historia que poco o nada habían dejado dentro de sus soñolientas esperanzas de atrapar de alguna manera la felicidad.

Así es como Tomé se convierte en una provincia cien por ciento comunista abanderada en una lucha representada por el Movimiento Izquierdista Revolucionario, el MIR que se escribió en clandestinidad y aparecía en los muros y las rocas, en letreros y fachadas, el MIR que vio en esta ciudad con radical arrogancia la culata de los fusiles "pinochetistas" el día once de septiembre, un movimiento que fue despidiendo en una mañana a sus miembros que estaban siendo fusilados frente a sus casas, frente a sus familias y vecinos, no fue posible esconderse, si los comunistas escapan queda desierto Tomé, cada casa, cada esquina, cada escuela, cada sindicato, cada plaza fue esculcada, desmenuzada, y asesinada. Caían los cuerpos como goterones de aguacero negro, uno al lado del otro, mientras mi madre prende una hoguera en la tierra del patio para quemar todo aquello que de mi padre fuese censurable, todas las evidencias de su actividad subversiva, echar a la hoguera los pedazos comburentes de la muerte, que ya le pisaba los talones, mientras

ella hace humo las evidencias escritas y leídas, las bordadas en una camisa o en las insignias, las atrapadas en una foto, mi padre se evapora en la montaña siendo respirado por los pinos que desde su infancia le dieron una idea de padre y de resguardo. Entre los pinos cómplices de fantasmas y pájaros carpinteros, encontró desde niño una figura paterna irrefutable, y entre ellos el once de septiembre, siendo casi adulto, secó las lágrimas teñidas de vergüenza y derrota, volvió a los pinos de la montaña que lo vieron desde chico masticando a escondidas un trozo de pan mezclado con la salmuera del llanto que pide permiso entre las migajas para ir por la ruta directa al alma y que por supuesto no dejan que nada pase sin causar dolor en la garganta.

Me detendré en la infancia de mi padre, solo así podré reconstruir el verdadero invierno. Sus cuadernos al lado de una vela sobre la mesa de tablas recién aserradas, mas allá de él, la ropa empapada y un pedazo de Marx. Duerme a sus pies un perro enorme, recio y ladrón de gallinas y en las manos del niño el deseo innegociable de convertirse en pueblo, cuando grande.

Sé, porque lo he visto en la inclinación de sus párpados, que su historia todavía llora, como las tablas de una casa sureña en junio y julio, gotean por las esquinas en la última astilla, de ella se despide la lluvia aterrizando en un piso de tierra domesticada paso a paso, caen los goterones de invierno como cerote de velas inclinadas dentro de un vaso, como la sangre de un pescado envuelto en el diario, como las monedas se escurren del bolsillo de los borrachos, así los párpados de mi padre conducen el sudor hasta la esquina de sus ojos, allí donde se encuentran lo inolvidable y las arrugas de la piel. Todavía existe su casa de infancia, nunca la perdí de vista, aunque recién ahora se convierte en mi propia vista, a través de ella veo el fondo de mi propia imagen.

0.10

De la niñez de mi padre conservo la capacidad de ser derrotado, el llanto desenfrenado que me visita cada tanto, no fueron suficientes sus pequeños años para desahogar sus verdades, así es que los que seguimos después de él intentaremos evacuar la inundación con baldes de lata.

0.11

El invierno fue, pienso yo, su mejor amigo, se convirtió en triciclo la tempestad del sur y los hilos de agua en guirnaldas plateadas para celebrar los años que pasaron rápido como un hombre corre con un paraguas frente a la ventana.

0.12

El barro como parásito en sus zapatos de cuero negro, se acostumbró a resecaerle los pasos durante todo el invierno, que casi se podría decir durante todo su crecimiento. Me detendré en la infancia de mi Padre aunque no se sabe cual de las dos: la de niño o la de adulto, pues ha venido desde hace tiempo restaurando su propio niño, o tal vez no me di cuenta que entre los bosques de pino los habitantes de la fantasía lo han convertido en un niño eterno.

He pasado muchos años lejos de casa y de todos, soñé que mi familia caminaba por una pradera y se me acercaba, corrí feliz hacia ellos y mientras corría, noté que me achicaba, cada paso que daba me disminuía el tamaño y aparecían tirantas, gorrito de lana y botines de gamuza, al llegar donde ellos, era un niño de tres años, salté y me colgué del cuello de mi tía, ella me alzó y me sostuvo con una mano por la colita y con la otra me secó las lágrimas.

Ya estaba en la calle, (ella, no yo).

Es 29 de mayo de 1969, importante saber el día exacto, solo así, espanto para siempre la duda; efectivamente, cae un aguacero de comienzos de invierno, - ya no lo dudo, esta mojado su abrigo de paño -, lluvia de esas que espantan al día y ocupan su lugar, lluvia que a las cinco de la tarde se marcha, dejando agónicas, tiritando en el pavimento a las fachadas de las casas, las luces de los postes, las cáscaras de maní a la salida del teatro y las sirenas de las fábricas. Un invierno justiciero, ahora sé que apenas comenzaba, y que yo asomaría la cabeza, luego las manos y las patas en una pequeña ciudad del fin del mundo (a cinco minutos de la Patagonia) mojada hasta el tuétano.

## 1.1

En este momento (29 de mayo de 1969, 5pm) no lo sé, pero experimento una extraña sensación de estar lejos de todo -en el trópico dicen "Patagonia" para aludir: "incalculable y absurda lejanía", eso lo escuché 20 años después "estar lejos de todo" no es suficiente descripción, en verdad, lo que siento roza con la inexistencia, al punto que, - por supuesto tampoco lo sé -, dedicaría toda mi infancia a buscar en el mapa de América el nombre de aquella ciudad.

## 1.2

Es una noche prematura –allá, en invierno se dice: “son las cinco de la noche”–, camino por el centro de la ciudad, ella me lleva con prisa y veo, no se como, un billete de 5 escudos apretado entre su mano izquierda, sus manos están metidas en los bolsillos del abrigo, algo rojizas por el frío y la raza. Veo con sus ojos hacia adentro y hacia afuera, cruzamos en diagonal la plaza de armas, cae agua de la fuente escalonada, también en sus ojos llueve y en las farolas de un Peugeot 404.

### 1.3

Hoy no lo sé, después descubriré que en esta ciudad, hay dos puentes de concreto: uno para llegar al cementerio y otro al hospital, hay un río canalizado que culebrea por las calles buscando una salida al mar, y dos alcantarillas que cada invierno se roban a los que van distraídos intentando maniobrar sus paraguas. Las barandas de los puentes son de cal, igual que las estatuillas del cementerio. Hoy cruzamos uno de los puentes, y las barandas se estaban deshaciendo en grandes charcos lechosos.

#### 1.4

Veo el frío desde adentro, pero no lo he tocado, después del puente la calle se divide en dos, una en dirección que nunca conocí y la otra va al hospital, ella también va en esa dirección. De noche todos los gatos son pardos, así que no vi. el color turquesa de algunas casas, al fondo la prisión, un edificio de cuatro niveles rodeado de alambres de púas y justo al frente, una construcción de madera y tejas de barro, casi borrado un letrero de madera en blanco y negro, "HOSPITAL".

## 1.5

Ella camina en dirección a la puerta, tengo un miedo que no me pertenece, ni siquiera sé de que se trata, pasa la primera reja, es una estructura de metal y malla de alambre, saca la mano derecha del fondo del bolsillo y se ayuda engancho tres dedos con fuerza en la malla, el alambre deja un dibujo de piel en su mano, blanqueando sus dedos, no lo advierte.

## 1.6

Todavía tengo miedo.

Solo ahora sé que era miedo.

Solo ahora sé que era su miedo.

Caminamos ella y yo por el corredor de baldosas verdes en dirección a la luz del fondo, a mitad de camino se detuvo frente a un hombre de bigote espeso y le dijo que tal vez yo, nacería esa noche.

No es arena fina, es una mezcla escurridiza de polvo de crustáceos y trozos de madera, entre uno y otro la brisa marina se fuga, dejando cristales de sal como diminutas escamas de espejos. Luego el sol se desprende y olvidamos todo mientras se hunde.

## 2.1

La playa larga se extiende desde la estación de trenes hasta la desembocadura del río, justo debajo de un puente de concreto con barandas de cal, allí termina. *Esa*, fue mi primer planeta, *la playa*. Los primeros años creí que el mundo era eso, una orilla sonora, y que así era en todas partes, que era un hábito natural e infinito sacar la arena de los zapatos, tan natural como cerrar los ojos cuando sopla el viento o frotarlos cuando casi no vemos.

## 2.2

No se cuantas rutas dibujé caminando entre la orilla y la casa, pero sé que algo de esa playa fue removido por mis botines de gamuza, así es allá, los críos saltan del desayuno a la arena y de la arena a la cena, después de crecer un poco durante el día, tiran la semilla de durazno y a la cama.

### 2.3

Entre la casa y la orilla estaba mi abuelo, como un castillo intocable a punto de derrumbarse y llenar su propia fosa. Eterno como su abrigo y recto como su llanto, con dos sandías de faros estaba empotrado en la arena, entre los bolsillos el parkinson que heredó de la marina y una navaja que sabía repartir sola los trozos de sandía, el pedazo más grande para su lado mezquino y los pequeños para la humanidad entera.

## 2.4

Sé que estuve callado casi toda mi infancia, mi abuelo ya no tenía palabras, hablaban por él, la casa y el paisaje. Cada cosa en playa larga daba cuenta de su polémica existencia, perdonable al fin y al cabo ya que le había ganado a la naturaleza varias batallas, y eso cuenta. Había puesto en su sitio, con un rugido, los bloques de piedra que sostienen la casa, y había naufragado borracho sin dejarse convencer de la marea que enamora perdidamente.

2.5

Mi abuelo, estaría avergonzado de mi torpeza,  
de hecho, practico tímidamente lo que para él  
fue la vida.

Practiqué los primeros años el arte de alcanzar altura, treparse en las rocas con los cangrejos y quedarse pegado en el filo con las estrellas era cuestión de años, docenas de costalazos y una que otra revolcada entre la espuma. Después de moverme como pez en el agua, estuve listo para el retiro, el lugar del silencio.

### 3.1

Lo primero, es buscar la escalinata de tubos metálicos, los bracitos de esa época alcanzaban el primer nivel de la escalera y los dedos apenas rodeaban la tubería de una pulgada de diámetro, el abrigo de paño en invierno complicaba la maniobra, y en verano el sudor. Pensemos que ahora es invierno.

### 3.2

Después de alcanzar el primer tubo, la idea es mantenerse, repetir el esfuerzo una cuatro veces y quedar parado en el tercer escalón, aferrado al pasamanos del costado. En ese momento estoy a punto de entrar en el viejo vagón de tren tirado en la estación donde comienza la playa.

### 3.3

He intentado reconstruir este momento muchas veces en la vida, como fue: *la primera vez que me asomé al interior de un vagón de trenes varado en la playa*, me he visto desde afuera: Un diminuto astronauta con escafandra y guantes de lana, que retorna a su cápsula con sigilo y ojitos de aceituna, después de pisar un planeta de arena lleno de castillos en ruinas y charquitos habitados por escarabajos de agua, un astronauta abrigadito por su abuelo que a la larga fue dominando el parkinson marino.

### 3.4

Desde adentro: Se asoma lento y tembloroso un remolino de pelo negro, se esconde y aparece, solo se ve en la parte inferior de la compuerta una palmerita despeinada. Esos son los primeros intentos para llegar al interior de la cápsula.

### 3.5

Dos ojitos y media nariz se asoman sorprendidos en contra luz, el pequeño explorador de vagones apenas alcanza a respirar el aire mezclado con oxido, sal y aceite mecánico, mira en silencio durante varios segundos como quien se asoma a su propio álbum de fotos.

Ese día, como todos los días importantes, mi padre me alzó del suelo de tablas y me paró en la cama, abrochó los botones de mi camisa blanca, y el cinturón de cuero sobre el pantalón de paño gris, me volvió a levantar rodeándome las costillas con sus manos y me sentó en el borde. Amarró los cordones en los botines de gamuza y me peinó con su propia peineta, trazó una línea rectísima en el lado izquierdo de mi cabeza y repartió para cada lado el pelo que previamente había mojado con el zumo de un limón amarillo. Me miró. Sacó de su bolsillo un pañuelo escocés de tramas grisáceas y con una disciplina casi religiosa limpió los cristales de mis anteojos, cada tanto los atravesaba con una mirada apuntando con ellos hacia la ventana, como fiscalizando el rigor de su propia limpieza. Al fondo sobre una mesa una vieja máquina de escribir donde por días enteros lo vi. desde la cama escribiendo lo que después supe, fue su tesis de grado. Una vez concluido el proceso de los anteojos, los colgó mal colgados de mis orejas, a él le gustaba la manera como yo enderezaba

con muecas y gestos faciales la torcedura de los anteojos sobre mi nariz que los equilibraba, se rió.

#### 4.1

Caminamos hasta el ropero y en cuestión de segundos yo lucía mi recordada chaqueta de napa, para ser claro y evitando modismos, la *napa* era una especie de cuero sintético que producían los chinos, se logra procesando un alga marina que llamábamos *luga*, la recolección de esta alga ocupó mis vacaciones años mas tarde, fue uno de los veranos más nostálgicos de mi vida (mi padre se había asilado en el trópico). Desde el ropero en adelante caminamos tomados de la mano, yo jugaba a tocar con el dedo gordo su palma áspera, eso siempre lo hice. Desde el ropero hasta la plaza de armas, pasando por la estación de gasolina ESSO y volteando por la calle de los bomberos nunca nos soltamos, atravesamos en diagonal la plaza, en el centro nos detuvimos a ver los peces anaranjados de la pila escalonada, para él, era como mostrarme el amazonas, nunca caminó despacio, por lo menos antes de los 40 años de edad, de vez en cuando, parábamos para apretar mis botines, él recogía de mi cabeza una pepa de limón. Retomamos la marcha y mientras él me explicaba la mejor manera de lograr un paso

largo, firme y veloz, yo jugaba a no pisar las  
líneas entre las baldosas.

## 4.2

Me perdí entre línea y línea. De pronto, estuvimos parados frente a un portón de madera, el dijo: Aquí vive el fotógrafo.

### 4.3

Después de un corredor infinito entramos en una habitación llena de aparatos, me alzó abrazando mis costillas con sus dedos y quedé sentado en un sofá de cuero negro, justo al frente de un televisor con patas y cajoncitos, al menor movimiento, el cuero y el abrigo me delataban con un crujidito fastidioso.

#### 4.4

El señor me alzó por las costillas y me sentó en una butaca de un metro de altura, permanecí quieto y en silencio un largo rato mientras el fotógrafo instalaba las luces, trípode, cámara, cables y sombrillas. Al finalizar y a punto de disparar, me pidió que me corriera hacia atrás un poco, yo ya había olvidado que estaba sentado sobre una butaca y no sobre una silla.

#### 4.5

Me recosté y todavía me despierto por las noches cayendo en un espacio vacío, infinito, todavía no encuentro el espaldar de la butaca del fotógrafo, y él, todavía organiza los aparatos que le derrumbé en un segundo y que sigo derrumbando casi todas las noches.

#### 4.6

A veces sueño que mi padre recoge pepas de limón en mi almohada.

Teníamos cinco años mi primo y yo cuando fuimos presos por una tribu de piel rojas, nos ataron a un tronco, encendieron fuego alrededor de nosotros y bailaron en torno. Gritaron y cantaron. Casi toda mi infancia desperté llorando por eso. Le conté a mi primo aquel sueño durante 25 años, este año el murió de cáncer y otra vez desperté llorando.

En verano, el calor se filtra como azulosos chorros de polvo a través de los huecos de las tejas y las tablas. Yo veía, a los hijitos del sol acomodándose en los rincones de la casa, por todas partes, aparecían como pecas de tiempo entre la 1 y las 4.

## 6.1

El verano fue recio y mordaz; por las tardes, después del almuerzo se quedaba quieto como una mosca parada en lo que sobra de la sandía, cabeceando entre dormido sobre el mantel. Los grandes, después del último vino rojo, desaparecían, nunca supe a donde fueron; lo que si sé, es que pasé toda mi infancia buscándolos por la casa. El calor desintegraba a todo el mundo, a todas las cosas, a todas las acciones, no pasaba nada ante mis ojos durante horas, ni mis pestañas. El calor mortecino anesthesiaba los sentidos, los grandes caían como gigantes derrotados sobre colchones de historias, para roncar la siesta en los rincones mas profundos y sombríos, luego desaparecían como internándose en sus sueños, nosotros, los chicos, hasta ahora despertando en un mundo edificado justo al frente del mar, y sin ganas de dormir la siesta.

## 6.2

Recuerdo de manera abismalmente nostálgica algunas de esas tardes de verano sentado en la puerta de la Patagonia justamente en el umbral de mi casa, (esta fue la que edificó mi abuelo y que desde su muerte cambió de forma gradualmente hasta desaparecer su más mínima huella, la puerta de la casa era de madera pintada de azul y tenía escrito el nombre de la calle y el número con tiza blanca, "Candelaria # 15", después de casi toda una vida regresé a leer y dice Candelaria # 588). Allí sentado, practiqué el arte de amarrarse los zapatos y el de sacar de ellos los guijarros, de vez en cuando volteaba a mirar hacia el interior de la casa, un corredor profundo hacia el patio trasero y en primer plano una escalera de roble que llevaba al segundo piso, el vistazo a veces sorprendía a uno de los "grandes" pasando como una sombra al fondo del corredor, del baño al patio o del patio a la primera habitación, desde la puerta era imposible reconocer al sonámbulo habitante de la casa, mucho menos podría ahora discernir entre cuales de esos fueron vivos y cuales ánimas traídas de los

relatos de mi abuela. Afuera, en la puerta, debajo de la pequeña sombra proyectada por el alero de la casa, o sea debajo de las primeras tejas de barro que se asoman y se encumbran hasta la quilla del techo me protejo del infierno, afuera, en la puerta de la casa, mientras planifico las sospechas de lo que quiero ser cuando grande, me escondo del calor que hierde y abandona, mientras chupo un pedazo de hielo dulce y rojo que estaba metido dentro de una bolsita.

### 6.3

El verano en la Patagonia es azul, nítido como el agua de la alberca, radical como la luz y la sombra, el sol quema la piel y sofoca con extraña furia, yo diría que el calor austral es producto de un sol frustrado que intenta sobreponerse a la distancia y al olvido de sus habitantes de hielo. El calor austral dura dos meses, como las ventas de helados y las vacaciones del colegio, dos meses como la ausencia de pingüinos y los almuerzos en el patio. Se podría decir que dura lo que yo duraba sentado en el escalón de la puerta de la casa, sin pestañar navegaba por lo brillosos rizos marinos que desde el mar del frente se escurrían hasta mis pies empapando los primeros juguetes plásticos que defendía a capa y espada de los dientes de Goliat, el pastor alemán que cuando yo nací ya estaba jadeando de calor y cansado de esperarme en esa misma puerta.

En la parte alta de la casa, donde no es la habitación de mi abuelo ni la de ella, descubrí la habitación del sol.

## 7.1

Una tarde, mientras buscaba a alguien, a cualquiera en la casa, después de muchas vueltas me fui encontrando con sorpresas, la primera, fue una camada de gatitos de dos semanas de edad, metidos en un canasto plano de mimbre, estaban en el hall del segundo piso, justo al lado de una jarra de porcelana que utilizaba mi abuelo mientras se afeitaba en un lavatorio del mismo material.

## 7.2

La segunda sorpresa me la encontré en la terraza, uno de los gatitos estaba perdido.

### 7.3

Y la tercera, estaba detrás de una puerta que nunca antes había traspasado, una nueva habitación.

#### 7.4

Se trataba de un espacio completamente armado y forrado con madera, cada centímetro del lugar estaba patinado de polvo acumulado a través de años, lo cual, convertía el recinto en un lugar brumoso, fugitivo e intocable. Por las tardes, el sol que se pone en el horizonte teñía las tablas y el polvo, rojo en verano y azul en invierno, la habitación del sol tenía una ventana larga como un ferrocarril y generosa como los bolsillos del delantal de mi abuela, (allí, en el delantal se armaban micro mundos con ajos, monedas, fósforos, algunas canicas y uno que otro chocolate, sumándole las píldoras que ella tomaba de vez en cuando, este universo de sorpresas que colgaba de su cintura simulando un vientre de tela floreada o una cortina que a veces dejaba ver en sus pasos la experiencia de ir y venir por paisajes durante setenta años, era a mi modo de ver, lo más cercano a un tesoro). Así pues, lo que vi. a través de esta ventana me acompañó para siempre, ni antes ni después una ventana fue tan escueta, tan nítida y cercana al paisaje, desde ella se podía recorrer las mareas y los

vientos, se iba por el mundo montado en barcos  
pesqueros o espiando a las gaviotas,

La ventana que está frente a su cama es enorme.  
De cristal y con bordes de roble.

## 8.1

Desde la cama, él ve, y puede oler, entre millones de cosas, una araucaria que sembró hace siete años; lo hizo, para refutar el frío óseo que le produce estar tan lejos de la Patagonia, trató simplemente, de recuperar y almacenar en San Angustias la humedad austral que aquí, solo se imita entre los meses de mayo y julio, trató de humedecer su mirada y lo logró, cuando mira la araucaria ruedan primero gotas y luego chorros por su cara, bajando por los hombros y brazos hasta llegar a sus pies, pasando por sus piernas que ya en este momento echaban raíces. La ventana le deja ver: la araucaria, la montaña y una enorme bóveda de acrílico dentro de la cual prefiere estar, se sabe que le gusta porque lo han visto al anochecer acostarse para no dormir, despierto, mira y recorre la bóveda durante horas. Si hay una luna grande y redonda, esta bóveda transparente se torna azul radioactivo y encierra todas las estrellas del universo incluyendo unas que se mueven veloces, estrellándose con el fin y el principio de

todas las cosas, otras caen suaves sobre su almohada.

## 8.2

Una noche; o mejor dicho, durante el encuentro entre la noche número siete y la madrugada número ocho del mes de julio, sin despedirse de los correccaminos se apartó a su habitación, se acostó para no dormir y esta vez, por primera y última vez se durmió.

### 8.3

Los correccaminos eran cuatro, cada uno esa noche intentaba trazar una ruta distinta, él, antes de dormirse escuchó que en la otra habitación, uno de ellos hablaba a los otros tres sobre extrañas construcciones de luz, electricidad y de imágenes, le contaba de otros hombres que adoraba por su capacidad de ver en el tiempo otros tiempos, en el espacio otros espacios, en los dioses otros dioses. El segundo correccaminos se admiraba sin oír, estaba concentrado en el extraño efecto que le producía el opio, era casi nulo, pensó que a cambio fumaría apio. Los dos correccaminos restantes, si oían al primero y alargaban sus historias con intervenciones afirmativas, sumando ejemplos con certeza, lo cual daba al primer correccaminos un aura de sacerdote admirado, corroborado por los testimonios de sus discípulos. Estos dos, los últimos, cada tanto merodeaban una enorme olla que el primero había llenado de alimento desde la mañana de ese día y discutían por momentos sobre cual sería la mejor manera de digerir las sobras que contenía el recipiente, uno de ellos, el

tercero, decidió recolectar durante el día algunos frutos alucinógenos y consideró que ya era el momento de digerirlos, así que fragmentó uno de estos frutos y desmenuzándolo tímidamente llevo diminutos trozos a su boca mezclados con las sobras que contenía la olla. El cuarto y último al fin no quiso nada, decidió esperar que el tercero le describiera cada una de las nuevas cosas que vería detrás de los hongos; así que, cada tanto se le acercaba al tercero y mirándolo a los ojos le preguntaba si ya había llegado a un lugar nuevo.

#### 8.4

Él oía desde el otro lado de la cabaña, tendido en su cama dentro de la cápsula que ya era otra vez azul radioactivo, por estar atento a cada una de las rutas que proponían los correccaminos se durmió por un instante, pero solo uno, ya que el correccaminos que se alimentaba, el que mezclaba las sobras con trocitos de frutos amargos, el que ahora digería estrellas y colores de plástico, de plantas y algodones de azúcar que atrapaba en las puntas derechas de las nubes, le pidió que se acercara para contarle lo que veía cada vez que de un brinco arrancaba algodones y aletas de aviones de palo; él, entonces regresó del sueño para responder al llamado, de un salto quedó sentado en el lado izquierdo de la cama totalmente despierto, pero no vio a nadie, los cuatro correccaminos seguían sentados en la habitación contigua. Al instante una luz blanca lo encegueció, porque esta luz no era buena, como un flash, rápida y penetrante impactó en sus pupilas y se fue, dejándolo completamente despierto atrapado en la experiencia mas

brutal, tosca, enigmática y solitaria que jamás  
habría imaginado.

## 8.5

Era el encuentro de la noche con el día, empezando el mes de julio, después de la luz blanca el vio todo igual, la misma bóveda azul radioactivo, la araucaria, la luna y las estrellas, pero en el acto, fue atrapado por una presencia oscura que le arrojaba del lado izquierdo al lado derecho de su cama, esta presencia tenía manos y con esas manos, apretaba las manos de él a la altura de las muñecas, una vez él vio las manos de ella, vio también su cuerpo, una especie de monja negra con un manto de encajes negros se encontraba arrodillada al costado de su cama y lo sostenía con una fuerza indescriptible que le aterrorizaba, aparte de impedirle liberar sus manos, ella le impulsaba choques de alto voltaje que golpeaban sus brazos estremeciéndolo como si estos se hubieran metido en una planta eléctrica. El tuvo tiempo, aunque cada segundo lo llevaba más cerca de la muerte, para ver detrás del manto negro de encajes, una cara de mujer con patinada de humo negro, con ojos y nariz insinuada, esqueléticos, su boca estaba llena

de dientes más blancos que la luna, mas  
puntiagudos que las estrellas, él los bella  
cada vez que ella le hablaba para recriminarle  
su existencia.

## 8.6

El sabía que nunca había visto ni palpado cosa tan aterradora, lo supo de inmediato, también supo que su cuerpo fuerte como era, sobre todo sus brazos, jamás podrían soltarse sin la voluntad de un pensamiento opuesto, que le llenara de un poder nuevo, uno que jamás había experimentado. Así que estando casi acostado apoyó con fuerza su espalda en la pared de ladrillos, puso un pie en el piso y uso cada uno de sus músculos en la batalla por el rescate de su voluntad y su existencia, meciéndose, estirándose, usando hasta la fuerza enemiga como punto de apoyo en cada halada, pero nada, nada le permitía nada, entre todos los intentos por soltarse rodaban gotas y luego chorros por su cara, bajando por los hombros y brazos hasta llegar a sus pies, pasando por sus piernas que ya en este momento echaban raíces. Se fatigaba, respiraba entre cortado con sonido agónico pero reparable, nunca quiso que cada respiro fuera el último, pero se sorprendía que no lo fuese, la cama de tablas crujía como sus muñecas, el dolor eléctrico que le causaban esas extrañas manos le estaba llegando al

pecho, recordó que del otro lado estaban los correccaminos y que uno de ellos hablaba a los otros tres sobre extrañas construcciones de luz, electricidad y de imágenes, le contaba de otros hombres que adoraba por su capacidad de ver en el tiempo otros tiempos, en el espacio otros espacios, en los dioses otros dioses, así que comenzó a gritar en absoluto silencio su nombre para que le ayudase, advirtió que no emitía sonidos, que su voz se había perdido entre halada y halada, todas las palabras se quedaban estancadas acumulándose entre las amígdalas, esto también le producía un inmenso dolor.

## 8.7

Decidió llamar a gritos mudos al segundo correcaminos que también estaba del otro lado del muro, tal vez si sus gritos eran mudos podían ser oídos por aquel que se admiraba sin oír, pero este estaba concentrado en el extraño efecto que le producía el opio, era casi nulo, pensó que a cambio fumaría opio. Así que regreso a la lucha sin aflojar de su vista la conciencia de todo y cuanto allí sucedía, no puedo rendirme pensó, así que mirando a los ojos a tan terrible adefesio de mujer maldita y hostigante perversión se le arrojó encima con una fuerza contraria a la que no le había servido para nada, gimió desde atrás del esternón, y se impulsó sobre ella, no más desgaste de fuerzas hacia atrás, un paso al frente sobre su cabeza con ganas de patearla, quedando totalmente de pie en el centro de la habitación ella colgaba de sus brazos y permanecía arrodillada en el piso, así que él sacudió sus brazos de un lado para el otro con fuerza arrastrándola por el piso y golpeando su quijada con la rodilla por fin la expulsó de su presencia. En ese momento él regresa a su

cuerpo, que permanecía tendido aún en la cama, admirado de si mismo ya que se había desdoblado para liberarse. El otro él, el que permaneció todo el tiempo en la cama, vio salir a si mismo de si mismo, le vio la espalda al levantarse de él, y luego lo vio de pie en el centro de la habitación con ella colgando de sus brazos y arrodillada en el piso, vio cuando él sacudió sus brazos de un lado para el otro con fuerza arrastrándola por el piso y golpeando su quijada con la rodilla hasta expulsarla de su presencia, luego vio su espalda y sus piernas acostándose sobre y dentro de si, ambos estaban vestidos con la misma ropa.

## 8.8

Durante un instante se reconfortó al verse a si mismo como su propio protector, de entender y ver lo que antes no existía, fue bueno, respiró, al encontrar poder fuera del cuerpo, de la herramienta, del vehículo, en la voluntad.

## 8.9

Tendido en la cama vio la araucaria, la montaña y una enorme bóveda de acrílico dentro de la cual prefiere estar, se sabe que le gusta porque lo han visto al anochecer acostarse para no dormir, despierto, mira y recorre la bóveda durante horas. Si hay una luna grande y redonda, esta bóveda transparente se torna azul radioactivo y encierra todas las estrellas del universo incluyendo unas que se mueven veloces, estrellándose con el fin y el principio de todas las cosas, otras caen suaves sobre su almohada. Decidió esperar que el tercero le describiera cada una de las nuevas cosas que vería detrás de los hongos; así que, cada tanto se le acercaba al tercero y mirándolo a los ojos le preguntaba si ya había llegado a un lugar nuevo.

A los 5 años de edad me expulsaron del colegio  
por orinarme en los pies de la virgen.

Liza Peter Anderson es la estatua de bronce de una atleta, héroe y orgullo de mi pueblo, yo me quedaba quieto mirándola al salir del colegio, luego caminaba durante cuarenta minutos para llegar a mi casa, ahora gasto diez, Liza Peter sigue ahí.

Cesar mi tío alcohólico, me esperaba a veces a la salida del colegio, entonces me acompañaba a dos cosas, caminar hasta la casa y mirar a Liza.

Creo que cada año me como una manzana confitada, la primera y la que mejor recuerdo me la compro Cesar.

Los médicos dijeron que a mi tío se le puso el hígado como una manzana, después se partió en pedazos.

Hay cosas que mi papá no sabe de mi, por ejemplo, que a veces me acostaba al lado de la carrilera a esperar que pasara el tren, entonces tardaba más en llegar a casa.

Que cuando estaba solo en casa, construía torres con sus libros y luego los dejaba en su sitio.

Esto lo supo pero se le olvidó, que mi primer trabajo manual, fue coser con aguja y lana en una cartulina, un elefante como este. (espacio para el dibujo del elefanta de lana).

Creo que mi mamá fue la culpable de mi afición por el arte. ella me regaló un pedazo de lana para cocer elefantes.

Una vez soñé que desde mi ventana se bella un lago enorme y tranquilo, perfectamente cuadrado, color turquesa, desde el agua se espigaban rosas fucsias con un tallo recto de dos metros de altura, las rosas formaban una cuadrícula perfecta y las estrellas se ordenaban de la misma manera, una encima de cada rosa .

Tuve otro sueño, en una carretera vi. desde lejos un cuerpo tirado, detuve el auto, descendí y caminé en dirección al cuerpo, estando a su lado, me arrodillé, giré su rostro casi escondido entre la ropa y el pavimento y vi. que ese cuerpo, era yo mismo.

Cuando era niño, despertaba sorprendentemente rodeado de objetos en la cama, mi mamá decía que los había traído de algún sueño, mi papá en cambio, decía que yo era sonámbulo.

## 15.1

Y así me la pasé toda la infancia , llevando cosas del sueño a la vida y de la vida al sueño, pero cuando conocí a mi primera novia, olvidé como regresar del sueño al colegio.

Cuando en contra de mi voluntad la dejé que me dejara, o sea cuando me dejó, no se como me las arreglé para recordar el camino a casa.

Ustedes saben, en esa época, uno es una especie de sonámbulo invertido, se comporta estando despierto como si estuviera dormido.

Una contradicción: Hay cosas y personas que me enamoran platónicamente, sobre todo cuando me doy cuenta que son de verdad y que están cerca.

Hay cosas que mi papá no sabe de mi, por ejemplo, que a veces me acostaba al lado de la carrilera a esperar que pasara el tren, entonces tardaba más en llegar a casa

Después del incendio del hotel, mi abuela que en realidad yo llamaba Nena, porque así se les dice a las Noemis, viajó directo al puerto de Valparaíso. (esa es otra historia)

## 18.1

Puerta y mampara de vidrio con perillas de bronce, un timbre que desde lo alto me gritaba - "¡niño!"-, finalmente, lo alcancé para retirarlo e instalar uno nuevo (años después). Del otro lado de la mampara, una escalera con un punto de fuga realmente fugitivo, se elevaba entre la imaginación y el deseo, entre los lavatorios blancos de porcelana y las sábanas que de arriba goteaban sobre el altar con la virgen de no se que cosa que la Nena había armado en el hall del segundo piso, estoy seguro que ella tampoco sabía de que virgen se trataba (ella vivía lejos de la iglesia). Cualquier fantasía debía descansar por lo menos tres veces subiendo y aferrarse con fuerza bajando, una escalera con pasos de mármol que a tanto roce fue ablandando sus bordes como olas del mar para hacerse amiga de los marineros que rodaban de vez en cuando por ella, borrachos de soledad e insomnio directo al barco atracado en el muelle.

## 18.2

El puerto de Valparaíso comenzaba entonces a adornar con carteles de cine porno, diarios untados de sangre de pescado, letreros tiritones de neón rojo, loza china y revistas de casos policíacos a la habitación hasta ahora insinuada de mi sensibilidad, es inamovible el vínculo que desde la calle de las putas hasta el nuevo hotel de mi abuela (paterna), pasando por el mercado de adoquines pegados con frutas podridas y carretas de madera llenas de caracolas, algas marinas y fantásticas promesas de cenar al lado de Poseidón, se establecía entre los músculos de mi memoria y la condena perpetua de una ciudad que hace rato, se hubiese largado enamorada detrás de un barco pesquero, pero que de cumplir el protocolo de la Marina se le han pasado los años al lado del Pacífico, acompañando la guardia de los grumetes en el faro, o a los románticos desocupados que por las tardes lanzan desde las barandas de hierro del Molo, sus cañas detrás de los Jureles o merluzas, y que duran horas nocturnas sacando a pasear las Jaivas que se agarran del nylon con ganas de asomarse al

mundo seco de las estrellas. Valparaíso es el lugar donde la eternidad se sienta y quita la arena de sus zapatos. Es la ciudad que me llevó a la calle cogido de la mano y de a poco me fue soltando hasta quedar perdido entre relatos de la mafia y burdeles que a veces mi tío visitaba entre otras cosas para bailar tango, ( como en su época de marinero expulsado a las tinieblas de los mares de Tierra del Fuego).

### 18.3

Apenas era un niño con ganas de crecer, cuando conocí al mítico Yaco, el mafioso mas leído y visto en carteleras de cine nacional. Valparaíso es Contralmirante y el Yaco su contraamaestre. Cabeza calva y altura de 3 metros, el Yaco sentado casi daba al techo de uno de sus locales nocturnos, lo vi. con mis propios ojos, mis amigos de infancia todavía creen que son mentiras, yo lo ví, es más, desde ese día quedé impreso en las páginas de la historia de Valparaíso, ahí supe que ese era mi lugar y que las leyendas estaban más cerca de lo imaginado. ¿Como fue ese día?, lo recuerdo, mi abuela me lleva de la mano camino al mercado, años después entendí todas las rutas posibles para desembocar en él. Recuerdo el trasero de la Nena como una insuperable trinchera, escondido detrás de su culo casi toda mi infancia, y me hace falta tan majestuosa protección, (ese tema lo tocaré después), íbamos al mercado, mi mano siempre se preguntó por que la suya estaba áspera como la cáscara de una pera de agua.

#### 18.4

Del otro lado, un canasto que ella sabía mover de tal manera que entre el balanceo de sus nalgas y el del canasto quedaba claro un ritmo con olor a mar y salsa neoyorquina que hasta ese momento se oía solo en la cuadra de las putas. Pasamos directo por el mercado, mis ojos daban a la altura de su cintura un poco más, y me distraía el relato que mi padre hacía, referido a la mínima medida de cintura que hizo famosa y deseada a mi abuela a sus 20 años, a parte de una belleza que le dieron el derecho de divorciarse quince veces, en eso íbamos, caminando al mercado e imaginando desde la cintura de mi abuela a la mujer más bella del mundo, cuando sentí en mi cara que el mundo se había convertido en una densa y acolchonada superficie, estaba nuevamente detrás de sus nalgas. Mi reacción de huida llevo mis ojos a los de mi abuela y de ellos a un lugar por descubrir, que ví: un hombre, no cualquier hombre, uno que parecía ser raptado de kalimán o Centella, hablando con la policía local mientras asomaba su enorme cabeza para abrir paso entre las ginetas de los hombros de los

oficiales hasta quedar en línea recta frente a frente a mi abuela mirándola a los ojos, ella con una mirada aún más poderosa después de unos segundos destruye la de él, que baja directo a la cintura de ella y se acerca a depositar un beso en la mejilla más deseada hace 40 años.

## 18.5

El yaco en persona, el mafioso que no sabíamos de niños si realmente existía o era una ficción, el mismísimo Yaco saludando a mi abuela y espantando con un leve guiño de mano a los policías que en seguida se marcharon con la cabeza baja como avergonzados. Así Valparaíso de ahora en adelante iba a convertirse en mi verdadera ficción. (el Yaco es un tema para profundizar)

## 18.6

En Valparaíso, cada casa tiene un marino a bordo, un hijo, un marido, un nieto, un primo, un cuñado o al menos, el hijo de la vecina, alguien, que mandó postales de Bombay, Filipinas, Panamá, o Chipre, alguno de la casa trajo muñecas españolas, castañuelas, toros y toreros, para adornar lo que ellos llaman el "living"; es el mismo que, vive seis meses del año de puerto en puerto y trae hasta una motocicleta sin documentos en la bodega de un buque, para dar vueltas en el barrio, y lanzar una idea de mundo alcanzable y pequeñito, negociable como un tablerito de Parqués. La gente de Valparaíso siempre quiso ir por el mundo, incluyéndome. De tanto despedir marineros, se enamoró de la ausencia de algo, entonces, su propia ausencia se ve desde lejos, desde Estocolmo, Berlín y Ámsterdam, desde Marruecos, Lisboa y Madrid, Valparaíso se va con todos y se mira desde lejos, ¿como me veré sin mi? Dice. Y se responde con fuertes aguaceros de invierno que bajan como causes furiosos por sus largas escaleras, que del puerto conducen a los cerros donde las casas se

acomodan y reacomodan cada vez que se tienden las camas o se lava la ropa o un niño se lava la cara.

18.7

La escalera de la abuela fue un simulacro de la eternidad, un sin fin de pensamientos repujados en monedas rodantes y prófugas, un aleteo inagotable de pelícano ladrón, un neón prendido de noche y día a punto de fundirse.

No se cuantos gatos han pasado ronroneándome la vida, desde Ron hasta Miel puedo contar casi 30, con certeza ellos se acuerdan de mi solitaria estancia en la cocina despellejando a un tomate con ganas de espagueti, o tirado en el piso del verano chupando un palito fino de diente de león, ¿cuantos gatos sobrevivirán los días de mi futura tristeza?.

## 19.1

Es así, simple y llanamente, solo quedan pelos de gato en mi chaqueta, como suspiros de león se fugaron entre las cortinas, escapando del aguacero de mis ojos, al fin y al cabo no les gusta mojarse.

## 19.2

Nunca debí confiar en sus garras gordas de interés, pequeños espantos de pelo que adoro más que los egipcios.

### 19.3

Es así simple y llanamente, como un mantel lleno de escombros de pan, la soledad, con cara de felino interesado bate su cola como el viento las palmas del trópico a la espera del tifón. Soledad de carne y hueso, ¿donde te has escondido con tal de no verme?, parece que al fin y al cabo me condenas a mi mismo.

#### 19.4

He tratado entre los hoteles y paraderos, entre los puertos y los aviones concluir con una imagen de tu rostro, entre caminos de tierra y pasos de musgo, por el desierto y por la selva, he tratado incansablemente de armar una sospecha de ti, soledad, ¿de donde vienes cuando venias a acompañarme?, he intentado separar de mi cuerpo los latidos asustados por la ausencia de todo lo que debería estar, cuantas de esas cosas no quieren desayunar conmigo, como los gatos infinitos gatos de millones de vidas apartadas de la mía. He llegado después de todo y casi en la penúltima estación, a creer que yo mismo soy tu, soledad inexistente fuera de lo que soy, parece que declaro esta noche que uno mismo es la soledad, como uno es la caricia secreta que le damos a nuestra propia palma, dentro del bolsillo de una chaqueta.

## 19.5

Y que pasa entonces si yo mismo soy tu, la soledad, y de repente una mujer se acerca y te espanta como espantándome a mi mismo, que pasa conmigo y contigo cuando al lado de mi puesto no eres tu, ni yo, sino la silueta de una estrella con ojos de aceituna, que ha ido detrás de lo que he sido durante el tiempo en que no la conozco, que pasa entonces cuando de reojo es ella la que anima tu despedida, soledad.

19.6

Entonces no soy yo sino ella la soledad de cuerpo y alma, sobre todo si como un gato rodea mi cuello de pelusa tierna y fragante y de repente dice adiós. Una vez estemos lejos pensaré en ti.

La primera calle de mi vida, esa donde se paraba la casa al frente del mar, a mirarlo, era inclinada, de arenisca pedregosa y hostil.

## 20.1

En invierno, una calle oscura como iluminada con una bombilla a punto de fundirse o un tubo fluorescente agónico, allá en lo alto de una enorme bodega con techo de latas agujereadas.

## 20.2

Hay algunas fotos viejas con bordes blancos recortado en zigzag, que muestran esa primera calle, fotos que andan entre los cajones, por distintas patrias de parientes auto exiliados y que de vez en cuando, aparecen en la mitad de un viaje, mientras empaco la maleta de regreso, y me despido de alguna de las tías que llora, porque cree que ya nunca volverá a plancharme una camisa.

### 20.3

La calle tenía por nombre CANDELARIA, y la casa el número 15 escrito con una tiza blanca. Una vez, el antiguo número de bronce salió corriendo detrás del funeral de mi abuelo y con él (con el abuelo), se fueron los colores brillantes, las capas de laca en los marcos de las ventanas, los vidrios limpios en las puertas del salón y el blanco virgen de las porcelanas. Alguno de mis primos escribió de mala gana el número 15 con una tiza, seguramente traída del cajón de la máquina de coser de mi abuelo, un grafismo de tiza que declaraba a gritos la ausencia del viejo astillero. Todos corrieron tras la carroza fúnebre que lo transportaba de la casa al cementerio. Y yo, me quedé sentadito en el peldaño del umbral de la puerta, era invierno, hacia abajo estaba el mar y hacia arriba, en mi cuadra, estaba la muerte, reflejada en la puerta trasera del vehículo. Me quedé viendo las coronas sobre los hombros de los hombres, la ropa negra de las mujeres, los perros a punto de comprender lo que estaba pasando, y

los taconeos en falso sobre las piedras y los  
huecos de la calle.

#### 20.4

Me quedé viendo desde la puerta de la casa, la marcha triste de los muertos, que caminaban lentos y en desorden detrás de un Cádillac vestido de luto.

## 20.5

Me quedé viendo la tarde y como la procesión llorona llegaba a la esquina de la cuadra y se retorció intentando acomodar el dolor por la estrecha calle de la carbonería, hasta desembocar, me imaginé en ese instante, en la calle Nueva, donde don Parraguéz, el dueño de la tienda, que iba a asomar su cabeza colorada por las ventanitas de la carroza para despedir con una mirada mezquina a mi abuelo.

## 20.6

Volví a mi puerta, completamente solo, froté mis manos en las rodillas. En invierno, pantalones de paño grueso, un juego de guantes y bufandas de lana se sumaban a las botas de gamuza. Mi cuadra de infancia, la primera, la primera ruta, esa tarde se quedó conmigo, hasta el anochecer. El cielo pasó de repente y se fugó del azul profundo para lanzarse en un abismo negro lleno de diminutas esquirlas de porcelana esparcidas alrededor de una luna redonda, el cielo me dijo: -entra niño, que es tarde y tu abuelo ya no está en casa -.

## 20.7

De la puerta al patio interior, hay un corredor de millones de latidos y suspiros, eterno, como todas las cosas que no son vivas, pasito a paso me acerco pasando por la escalera de roble que lleva al segundo piso, luego a oscuras, adivino como siempre el morrito de cemento que quedó estorbando a medio camino y llego a la ventana de mi cuarto, nunca se abrió (no conozco el motivo), me asomo al fin al patio y veo, una pequeñísima vela encendida sobre una mesa, al lado, la mecedora del abuelo como preguntándome por él, ya sin él.

20.8

Estuve a punto de verlo sentado, si no fuera porque un escalofrío bajó directo desde la nuca a los pies y me interrumpió, dejándome claro que desde ahora en adelante, esa era la muerte y que por ningún motivo mi abuelo regresaría a casa.

A media vida con paso lento desde la casa de mi abuelo, remontando por la calle candelaria, pedregosa y seca en verano, hoy restauro paso a paso mis primeras idas y venidas.

## 21.1

Saliendo del umbral está el andén que justo afuera de la casa, se eleva casi un metro del nivel de la tierra, el andén, es de un cemento primitivo que según cuentan, lo esparció mi abuelo hace como 100 años abrigando hasta las lágrimas para no dejar ver que era dura la vida estando solo y trabajando de noche, el primer relato de sus proezas se vinculan con la construcción de la casa.

## 21.2

Dicen que al salir de la fábrica, (después de renunciar al uniforme de guerra, trabajó de obrero), cada tarde se dirigía solo y sin esperanza ni confianza en alguien, pala en mano y fuerza de hombre solitario hasta el montículo de piedra que afinó a golpe de martillo para aplanar el terreno desde donde elevaría los primeros mástiles de la futura casa.

### 21.3

El abuelo enmudeció antes del triunfo, cuando la casa vió nacer a los hijos y a los nietos ya estaba acostumbrada a su silencio. Calló de ahí en adelante. De darle al risco de piedra en completa soledad se le olvidaron las palabras, una vez concluida la casa armó un telar para tejer las cortinas y las cobijas, callado tomó medidas a toda su ascendencia y coció con dedal en dedo los vestidos de paño en invierno, siempre callado como una lápida que espera tirada en el piso de la marmolería.

#### 21.4

Yo vine al mundo cuando la platería estaba opaca, las cortinas abiertas y los gatos olvidados, vine justo cuando el abuelo se enfermó de parkinson, no lo recuerdo sin temblores en las manos y rodillas. Vine al mundo cuando el abuelo ya quería irse, como si solo estuviese esperándome antes de irse, para echarle doble seguro a la puerta desde afuera.

## 21.5

Vine al mundo cuando el había terminado de construirlo, incluso cuando ya se estaba desbaratando, recuerdo que hasta las tablas del piso hablaban de sus nocturnas cepilladas de madera, y las jarras blancas de porcelana seguían reflejando su afeitada en el fondo lleno de agua.

Ya a punto de despedirme del fino rayo de sol, que ardía tímido en el paisaje de la imaginación mía, me rehúso desde adentro, al frío hostil de la muerte con cara de sirena, y una vez sumergido en un mar de llanto y nostálgicos peces payasos, con cara de lágrimas llenas de escamas me acompañan, me sacuden las estrellas aferradas a mi tórax, como palmas de mujer dándome golpes suaves, desde el fondo entonces emerjo, como un misil submarino busco el pico de las gaviotas, que sobrevuelan el llanto salado, y entonces, reaparezco en el mundo de los vivos, aunque a punto estuve, de la renuncia marinera.

Ya en lo alto de la montaña, mi padre dijo:  
debes quedarte a cuidar el campamento, tu  
hermano y yo subiremos a la cima, tus pulmones  
son pequeños y no soportarían la altura.

23.1

Esa noche, vinieron los zorros hasta la fogata, les conté una a una las estrellas y les hable de Amstroung. Tristes zorros de la sierra, todavía quieren ir a la luna.

No se que hago tan lejos de la primera casa, que además era un bosque, una playa, un perro y un gato. Casi a punto de olvidar aparecen las puntas de los pinos como flechas con ganas de cruzar el mundo, y se vuelven hacia mi las miradas de los perros que desde la escalera, todavía ladran a los borrachos que ruedan, ya a punto de olvidarlo todo, un cangrejo se cuelga de mi memoria y la estira aunque no quiera.

24.1

Justo a punto de olvidar todo y salen a flote los botes que ya se hundieron, con capitanes de papel recortado, con campanas de vidrio y anclas de pan.

Como no desempacar las cajas llenas de lo que  
soy

25.1

Dice Bergson: Justo ahora pensamos con un pedacito de nuestro pasado. Y me quedé leyéndolo con un pedacito de miedo.

## 25.2

Como no desempacar lo que se vino tras de mi como un perro necio, y otras cosas que indicaban el camino, como no.

### 25.3

Una a una y en desorden, como fotos sin dueño, mordidas de abandono en los bordes, aparecen las cosas que son lo que soy, en definitiva. Por ejemplo, no soy acaso sal de mar, frío hasta los huesos, zapatos embarrados y rebelión, todo eso junto en una caja que dice sur del sur.

Hoy en el espejo, vi. a un niño que se me hizo familiar, como las migas de pan sobre la mesa, las montañas en la cama, el jabón sub acuático y los ladridos de Goliat. Tan cercano como el tomate o la cebolla, y me miró asustado. Como si no me conociera.

No puedo creer que estos dedos, sean los mismos a los que les confié las vocales y los números del uno al diez.  
Siempre han estado a mi lado, callados como el abrigo de mi abuelo.

Nací tan lejos del trópico como fue posible, a punto de descolgarse por la Patagonia, Tomé tan distante como anónimo, ¿quién ha oído de Tomé sin ser alguno de sus habitantes?. Tan distante estaba de todo, que hasta la muerte apenas alcanzaba a llegar a las puertas de las casas, una vez golpeaba, no había manera de espantarla y se quedaba desmayada entre las habitaciones y el patio. Tan cansada la muerte de llegar al fin del mundo, que prefería quedarse largas temporadas antes de regresar, deslizándose por las carrileras hasta el desierto de Atacama.

## 28.1

Así es, se quedaba de casa en casa durante todo el invierno y el otoño, mezclando el frío austral con el aroma de las flores que por esa época, llegaban de otro mundo empacadas en papel periódico, otras, las silvestres todavía viven en cada patio abandonado o en los potreros cercanos a la Ferrovía.

## 28.2

La muerte se quedó todos los inviernos de mi infancia y con ella se marcharon mi abuelo, mi abuela, un par de tíos y dos primos, a parte de mi hermano menor y dos recién nacidos de mis tías. Cada tanto, la sala estaba rodeada de sillas y en ellas, sentados todos los silencios profundos de la Patagonia, una que otra llorona que alternaba sus sollozos con el oficio de tender y preparar camas para los que seguían llegando de todas partes, en ese momento, nunca supe hasta donde llegaba el mundo. Y en el centro, el poderoso féretro elevado por cuatro patas de bronce que ya conocía de memoria, los enormes sirios iluminaban los rostros pálidos y arrugados de la visita, con una luz rojiza y temblorosa, cálida como una pequeñísima promesa del fuego, como un terco suspiro de fogata sobre la nieve traslúcida del cristal en las ventanas.

28.3

No sé cuantos muertos fueron motivo de velorio en mi casa, pero corrí bajo todos ellos, buscando una canica, atrapando un gato, o dando vueltas entrono a las bases de bronce.

"La leona de dos mundos" era una serie de televisión en blanco y negro. A los 4 años yo me escapaba de la casa con alguno de mis primos y caminábamos hasta la calle nueva, esa era la de don Parraguéz, el dueño de la tienda. Para ver la tele yo caminaba tres cuadras, dos de tierra y una pavimentada, saliendo de la casa de mi abuelo, el andén daba hasta la escaleras, pasando por las fachadas de tres casas, luego la escalera y un morro destapado hasta la esquina. Dando la vuelta a media cuadra la carbonería de doña Rosa, y al final de esa cuadra, que parecía de mentiras llenas de piedras incrustadas, asomaba la calle nueva, pavimentada y ancha, doble carril para carros y un andén recién hecho. A dos casas hacia el mar después de la tienda, una casa de madera, de tablas azules y marcos de ventana pintados de blanco, es el club deportivo y social del barrio, sobre la fachada y tapando el techo, un letrero escrito a mano dice: CLUB 21 DE MAYO, fue mi primer vínculo social, a los 4 años de edad, sentado en un salón brumoso con aire

contaminado de cigarrillo y tierra, las tablas del piso sin barrer y uno que otro escupitajo de pensionado cerca de la entrada. Para entrar, los grandes agachaban la cabeza ya que la puerta de acceso era tímida de altura y el nivel del primer salón era más bajo que el de la calle, por lo tanto había que descender por una escalera de tres o cuatro peldaños para incorporarse en la habitación al cruzar el umbral que lo separaba de la calle.

## 29.1

En ese primer espacio se encontraban en fila unas 10 bancas de tablas cada una para tres personas, como podía me afirmaba del borde del asiento y poco a poco iba con la punta de uno de los pies en el piso impulsándome hasta quedar sentadito en la banca con ambos pies colgando a media altura.

## 29.2

No es muy alegre esta imagen, en realidad casi todas mis imágenes traen un tono de nostalgia, que a veces, hace hasta complicado que las restaure con agrado. No es alegre por nada especial, es tal vez, que se trata de un niño solo y torpe, en un espacio lleno de gente muerta. Era de los más pequeños entre adultos que gritaban, jugaban rayuela en el patio trasero y uno que otro se interesaba en Tarzán y en la Leona de dos Mundos. Los niños cercanos eran mayores y yo los ví siempre ocupándose de cosas tontas y disputas sin importancia, a veces, siento que ellos todavía se quedan hasta tarde, esperando después de treinta años a que abran el club y enciendan el televisor.

### 29.3

Al frente y puesto en una repisa de madera, que más parecía una enorme mesa colgada del cielo, estaba soportado un televisor de pantalla verdosa y gris, cubierto con una tela que en los bordes aspiraba a convertirse en una importante prenda de flecos, emblemática como un estandarte o noble como una toga, un enorme aparato cubierto por el orgullo textil de mi pueblo, un "género" como lo llaman de la mejor calidad y fabricado a menos de 5 minutos, caminando por la calle de adoquines que estaba detrás de la calle nueva.

#### 29.4

Después de la 1 de la tarde el televisor era descubierto por una señora de mal genio a la que yo le temía, pero aún así, me alegraba verla ingresar al salón de la tele, ya que ella y solo ella, era la autoridad que despertaba el flujo electromagnético, de aquel baúl de vidrio plateado, que hasta entonces no supe descifrar.

## 29.5

La doña, delantal en cintura, trapo en mano y butaca, descubre el televisor y lo enciende, sin antes pasar el trapo del polvo por el enorme cristal. Me veo tan cercano, aún la televisión me cautiva, en ese momento cuello estirado, cabeza hacia atrás espalda recta y sin espaldar, lentes diminutos pero fundamentales, 4 años de edad y estaba allí, justo en frente de él, el majestuoso aparato que no recuerdo como descubrí pero si se, que fue el primero en mostrarme a Tarzán, el mismo que ya había conocido en la colección de cómics del vecino amigo de mi primo. Tarzán a comienzo de los 70s, año 73, para mi televisión, para mi padre golpe de estado, seguramente en ese momento mi padre salía de alguna reunión de la sede del partido comunista o lo que mas tarde se escuchó, el club 21 de mayo era una sede clandestina del movimiento de izquierda revolucionaria MIR.

29.6

El televisor tardaba unos minutos en mostrar imagen, primero una línea horizontal de luz en el centro de la pantalla, y poco a poco esta, se iba ensanchando hasta completar toda la selva.

De tanto ir y venir de la playa a la casa y  
viceversa, tengo pegado a mis pies el límite  
entre la tierra y el mar,

### 30.1

De vez en cuando me detengo y le rasco la cabeza al niño que fui perdido en la playa y lo encuentro, me detengo junto a él en la carrilera y le devuelvo las caracolas y las conchas que saqué de sus bolsillos hace treinta años.

## 30.2

Me detengo justo a su lado para alzarlo y sentármelo sobre las rodillas y limpiarle la cara, y sus anteojos, de tanto ir y venir de la casa a la playa, me aprendí el camino, yo solito, y vuelvo cada vez que huele a mar, cada vez que lloro y me arden los ojos, cada vez que se me entran las piedritas a los zapatos.

### 30.3

De tanto ir de la playa a la casa ya no puedo apartarme del camino, aunque haya casas nuevas que taparon mi ruta, aunque haya jardines donde árido era el paso, duro y pedregoso donde ahora hay agua dulce, aún así, no puedo apartarme del camino, que yo hice con mis pequeñas huellas de plantas de pié numero 24, de ir y venir liviano pero insistente, como si de niño supiera que iba la vida a expulsarme lejos de la playa.

#### 30.4

De tanto ir y venir he condenado mis piernas a la ruta única de mi niño, el que fui sigo siendo, aunque hoy el mar esté como alma en discordia con el olvido y la casa del abuelo apenas sea, unas cuantas piedras que sostienen mi recuerdo.

Una gaviota, un palo hueco y liviano como un hueso diminuto de cangrejo, un escarabajo subacuático lleno de chiquillos, un espinoso erizo, una estrella de mar viva, un tarro de conchas como un tesoro, unos pastitos raros en la arena dura, un tren que ya ha muerto. Todo esto es fotogénico.

Parada toda una vida en el sitio de la mesa, una mesa de tablas, caoba, brillante y dudosamente limpia, sobre ella, una jarra esmaltada llena de agua, un lavatorio de esmalte blanco sin flores, con borde negro. Un enredo de tela cruda como una virgen aburrida y sin oficio, se descuelga de la mesa, un niño en contraluz mira y se queda durante toda su vida en silencio.

La habitación del abuelo desde afuera se ve como un camarote, sobre la cama, la gorra blanca de visera negra, un escudo de la armada chilena bordado con hilos dorados. Al tercer brinco la descuelgo y corro al espejo, toda una vida en el mar sobre mi. El ropero como un cuarto oscuro conserva su ropa, las insignias en el hombro de un abrigo recio y almidonado, el paño negro azotado por todos los vientos australes, un abrigo que se sabe de memoria las rutas de Neptuno en el Canal de Magallanes, y reconoce a la distancia la luz de los faros y los acantilados llenos de pingüinos.

### 33.1

El cuarto de mi abuelo conserva todo lo que yo abandone de la familia, todo lo que no soy, pero que me persigue cuando huyo de mis sueños, lo que él esperaba de sus nietos, cada uno comandando una fragata, templando las velas de los mástiles y vigilando la tormenta y las olas con un reflector de petróleo, eso está en la habitación del abuelo, allí mi destino se obstinó en las embarcaciones y los mapas, mi destino se rehúsa a abandonarlo, también allí me quedé encerrado a los 5 años, comandando una embarcación fija, quieta en la memoria.

Las lagartijas en mi bolsillo, vivas, cada domingo cazadores de tirantas y espigas de otoño, una ramita verde , flexible, para atrapar sin piedad reptiles y ratones, jornadas de cacería infantil, con los mocos colgando, la camisa por fuera y un regaño infinito al final de la jornada, un pedazo de pan duro que desde el desayuno era el único recuerdo de la casa, el último recuerdo de mi madre, un trozo de pan con mantequilla olvidado dentro de la bolsa.

### 34.1

Tareas de domingo, como me gustaría volver a cazar lagartijas, recuperar la destreza, no de la casería sino de caminar sin temor a perderme. Ni olvidar el camino de la casa a la vida.

Todo lo que está fuera de las fotografías del álbum familiar, es lo que fue la vida, el encuadre está dado de manera horizontal por el paisaje y de forma vertical por la lluvia infinita de mi memoria.

Caminando por una calle de Roma, sentí que mi pueblo no era parte de este planeta.

La piedra del chanco fue mi primer isla, una roca plana desde donde aprendimos a lanzarnos al mar, la cubierta estaba llena de agujeros en los que se escondían los chanchos, una especie de escarabajos de agua, escurridizos y plateados como los chocolates que se asomaban en el delantal de mi abuela. Esta piedra quizá era más que la luna y las estrellas, más que la locomotora y todavía más que el camión de don Pedro, esta piedra fue en su momento, tan grande como un planeta lleno de chiquillos con ganas de perderse en el mar.

Apenas veo un remolino de pelo desde aquí, desde 30 años de distancia solo veo débil una que otra puerta que se mesen por la brisa del verano, veo qué cercana estaba mi playa del Olimpo, Grecia era igual que playa larga, quien lo iba a sospechar. Veo por las tardes como dormido a mi abuelo al zumbido de las moscas, las cáscaras de sandía se quedaron para siempre jugosas en el mantel, que pacto entre él y ella, nunca regresas sin sandías a la memoria, te releo y reviso escupiendo semillas al horizonte como acomodando estrellas de carne roja. Veo desde acá un aturdimiento de siesta, la casa dormida y vacía, solo su fantasma comiendo sandía y se ha dormido sobre el párkinson que lo mese como el mar eterno e insistente, suave y rítmico, veo desde acá a mi única compañía garantizada en la infancia, un abuelo recio antes del almuerzo y aturdido y muerto por la tarde, veo que tiene sueño después de almorzar, y que era justo el momento de tenderle la cobija sin que se diera cuenta.

Es Tomé mi tristeza mayor, de la que quisiera arrepentirme, es tan gris como las tripas de un pollo muerto accidentalmente, es tan lluvioso como los llantos de 1000 viudas al tiempo, es alcohólico de vino blanco y rojo, mas blanco por sus ventas de pescado, quisiera arrepentirme porque mi vida primera fue triste como las calles y las casas de Tomé, nadie allí será feliz nunca, es Tomé la musa perfecta para poetas suicidas, para escritores que ya no saben que escribir, para filósofos que reniegan de cualquier método, para artistas que todavía creen en la belleza romántica, es Tomé la más triste de mis residencias, la más infame, solo muertos fotografiados al lado de uno que otro bautizo.

Los bosques de pino estaban casi en la almohada, desde el fondo espeso salen las perdices dando brincos entre piñas secas, esos bosques eran para mí el resguardo, la sensación padre, oscuridad a medio día con las botas de gamuza tapadas de espigas ocres. Al fondo en segundo plano la montaña de aserrín, polvo de árbol convertido en casa, en mesa, en silla, en barco, aserrín de pino mi primer juguete de aire.

Un día decidí alcanzar la chimenea que se elevaba desde el techo, subí entre la cascada de barro cocido y cada tanto me detenía a mirar desde ahí, el mar, la calle, la casa del vecino, y las arrugas de mi abuelo que estaban estampadas en las tejas de barro. La chimenea cada vez mas alta y negra, una vez la toqué me sentí parte de la casa.

Desde la cima de la casa, vi:  
Una isla diminuta,  
una montaña de huesos,  
un muro blanco abaleado,  
un cojo y tres borrachos,  
un gato negro que también me mira,  
un niño con mocos de llanto,  
un sol,  
una luna,  
vi morir una golondrina  
vi caer a mi primo y partirse la frente,  
me vi callado y triste,  
como un mudo, como un ciego, como un sordo,  
me vi enfermo de hepatitis,  
y eterno de infancia.  
Me vi viendo y callando tras un pan baboseado,  
escondido de la historia que aún no acaecía,  
me vi futuro exilio en la maleta de mi padre,  
futuro llanto en las pestañas de Violeta,  
mi madre.  
vi:  
Un tanque de guerra,  
Y yo lejos y cerca de los gritos.

Un día, la ola decidió expulsarme, tan lejos como fue posible. Desperté en el trópico un domingo. Tan triste como fue posible. Tan posible fue como triste y lejano, vivir sin hacerlo, lejos de mi verdadera vida.

Desde acá, las fotos que nunca hice se ven tan nítidas, desde acá, a 30 años de distancia, desde el trópico húmedo como fue siempre el abrigo de mi abuelo, desde acá, donde los Andes no son uno sino tres antes de hundirse en la selva, donde los ríos no dejan ver el fondo oscuro de anacondas, desde acá, donde duele la muerte todos los días, todo se ve tan nítido. Años luz y años tinieblas y años tiempo y años sonido y años pescados y años piedras y años pájaros me separan de mis primeros años, años desaparecidos, años desterrados, años óseos acumulados, años unos encima de otro bajo la tierra en la misma fosa, esas son las distancias entre el trópico y el sur de Chile, esas son las verdaderas fotos. Que se ven nítidas cuando me escondo del olvido.

Ahora, que he visto a través de un millón de ventanas, podría afirmar algunas cosas.

Por ejemplo: que hay varias rutas para llegar a casa.

Que algunos vidrios están sucios y rotos.

Que la ciudad se mueve como un corazón sobre una mesa y que he comprendido casi nada.

¡Casi nada es fotogénico! y guardo la cámara intacta.

Tendría que ser un domingo, solo ese día es más delicado que tu piel, lo traería un pájaro en el pico para estrellarlo en mi ventana. Ese domingo, tan parecido a tu nostalgia, se estiraría cristalino frente a mi casa y brillaría en el pasto como el suspiro de una estrella niña, que se ha roto, ese domingo podría ser perfecto y preciso.

Más frágil que tu voz no hay nada, solo un domingo como ese, en la mañana.

Atravesado por un susurro, por un canto leve de pájaro, por un aroma como flecha de vidrio, ese domingo, podría curar lo que te duele, con su fragancia.

A veces arden las manos o los ojos o los pies de las princesas.

Solo un domingo me hace frágil, me convierte en lágrima, me rapta al lugar donde tu vives.

Ese domingo llegaría para aliviar tu piel. VIDA

Ahora que no está la playa, ni el abuelo, ni la lluvia torrencial, el mundo se parece a una concha vacía.

O a una mesa te palo sin gracia, llena de  
hormigas y cáscaras de sandía.

O a una estación de trenes muertos, con un  
perro que espera a su amo desde la vida.

Quiero llegar al Faro del Fin del Mundo, y  
llamar a gritos desde ahí a los desaparecido.